

DON FELIPE TEJERA

(Continuación)

Trábase la contienda, en el canto que sigue, y cuéntase la postrera hazaña del *Negro Primero* y la de un bravo español que con él riñe. Con esta descripción asistimos por arte del poeta, a una lucha de los tiempos homéricos.

Cual astuta serpiente cuando asecha
La casa al duro trance prevenida
Súbito parte como rauda flecha
Del arco rechinante despedida:
Enróscase veloz, silba, levanta
La cabeza fatídica que espanta,
Y ya gana la presa, ya la pierde,
Ya la torna a ganar y la quebranta,
La arroja en alto y al caer la muerde;
Así el *Negro Primero* parecía
Al embestir, con ímpetu tremendo,
El cañón de una hispana batería
Que el campo diezma con estrago horrendo.
Y cuando ya con la siniestra toca
Del fiero monstruo la caliente boca,
Y con la diestra poderosa asecha
A su astuto rival, arde la mecha,
Y arrojando improviso la metralla
Que en su cóncavo vientre él mismo prende,
La comburente máquina restalla
Y en derredor extiende;
Con deslumbrante llama repentina,
Estrago, miedo, mortandad, ruina.

Sin desasir el bronce el negro cede
Al poder del cañón que retrocede,
Como si aquella mano,

Que en su furor insano
 Se opone a su carrera
 Con tal pujanza y varonil denuedo,
 Pusiera al monstruo y a sus ruedas miedo;
 O cual si enardecido presumiera,
 Cuando en sus raudas ruedas reculaba
 Y al férvido guerrero
 Sujeto a su querer tras sí llevaba,
 Hacerle entre los suyos prisionero.
 Al fin, empero, la robusta mano
 Del héroe colombiano
 Que al monstruo, firme aprieta,
 Resiste el recio empuje, le sujeta
 Y remólcale en pos; mas con salvaje
 Bárbaro arrojo y sin igual coraje
 A disputarle llega su trofeo
 Un español de porte giganteo,
 Que tirando el cañón de la cureña
 Con más furor la brava lid empeña.

Atentas largo trecho a la contienda
 Las contrapuestas filas estuvieron,
 Que más dudosa lid ni más tremenda,
 Nunca hasta entonces en el campo vieron.
 Ora el ibero cede al poderoso
 Esfuerzo del patriota; ora furioso
 Hierde la tierra con la planta, ruge,
 Y con atroz, desesperado empuje,
 Logra que gire en su favor la rueda,
 Sin que impedirlo el adversario pueda;
 Mas de pronto la mano un formidable
 Golpe le troncha, de enemigo sable.
 Roja la sangre por el ancha herida
 Del roto miembro a borbotones brota,
 Y aunque las fuerzas del guerrero agota,
 Nunca vencido su pujanza muestra
 Tomando la cureña, ya perdida,

Con frenético arrojo en la siniestra;
 Y vuelve, torvo el ceño,
 De nuevo a combatir con loco empeño:
 Y cuando más de la cureña estriba,
 Rudo tajo del hombro le derriba
 La musculosa mano que, crispada,
 Quedó del hierro trémulo, agarrada.
 Como el toro feroz desjarretado,
 Al diestro picador que le resiste,
 Con el torcido cuerno mutilado,
 Aunque impotente, más rabioso embiste:
 Tal el fiero español, viendo que pierde
 El lauro de la lid, en su braveza
 La ferrada cureña al punto muerde,
 Y el cañón hacia sí de un golpe trajo;
 Pero otro recio, furibundo tajo,
 A cercén le desprende la cabeza
 Que el aire hiriendo con gemido ronco,
 Suspendida al cañón queda un instante,
 Mientras en pos camina vacilante
 Teñido en sangre el animado tronco,
 Cual si fuera siguiendo por el llano
 Su cabeza, el cañón y el colombiano,
 Y la horrible visión que en torno yerra,
 Pone asombro a los cielos y a la tierra.

Mas el glorioso, triunfador guerrero,
 Al ganar con afán la patria fila,
 Retrocede y vacila;
 Y al verle vacilar, Páez, exclama:
 ¿Huyes acaso tú, mi fiel Primero?
 «No huyo, clama el héroe; sino muero!»
 Ardíó en sus ojos fulgurante llama;
 Y a punto de rodar por tierra, quiso
 Mostrar el ancha herida
 Que el musculoso pecho en sangre baña;
 Y cayó como suele al improviso

Relámpago rendir la copa erguida
Corpulento samán en la montaña.

Patética es la tragedia de Mila; el canto del indio, bellissimo; digna de la epopeya la aparición del espíritu del mal sobre la Silla de Caracas, desde donde mira alzarse la Hostia de Salud en los campos de Carabobo. Los héroes muertos son sublimados al Olimpo de la Fama: allí abre Colón el libro del Porvenir, y en él leyendo, refiere las campañas de Bolívar, las del Ecuador y el Perú, y la naval de Mara, la toma de Puerto Cabello, etc. Al cantar la pérdida de los españoles exclama:

¿Son esos los señores
Del uno y otro mundo vencedores?
¿Quiénes ya fueron éstos que lograron
Los leones domar que en otro tiempo
En sus garras la tierra sujetaron?
Allá sobre la cumbre del Pirene
Alza la frente, Madre Patria, altiva,
Y haz que su nombre con tus glorias suene,
Y eternamente en tus cantares viva:
Pues los que en la campaña
Gloriosa de Junín te combatieron,
Esos que ves triunfar, hijos de España,
Porque eran hijos tuyos te vencieron.

En el último canto se cuenta la entrada y apoteosis del héroe en Arequipa y la creación de Bolivia.

Descuellan entre los símiles e imágenes en que abunda este poema los siguientes:

El húmedo vapor en giros sube
Y en gracia leda, con luciente alarde,
Forma en el cielo una vistosa nube
Como el ala de nácar de la tarde.

Absortos se miraron
Con súbito temor; nube sombría
De sus airados ojos
Apaga los enojos,
Y las mutuas querellas olvidaron
Viendo en la mente alzarse
La imagen de Colombia que venía
De sus armas desnudas a escudarse.

Orinoco alzaré la heroica frente
De lauro coronada
Y de rojo plumaje la cimera....

Y al soplo arrullador de las nocturnas
Brisas, se inclina la abrumada frente
Sobre el ala de pluma de los sueños.

.....se juntan acordados
Bajo el dosel de una vistosa tienda
Aunque en adornos y primor sencilla
En cuyo centro brilla
Resplandeciente lámpara que arde
Tras los opacos y tupidos velos
Cual la luz nacarada de la tarde
Sobre la oscura frente de los cielos.

Acerca de la suerte de Piar, dice:

Tu gloria no eclipsó, que, siempre bella,
Como una grande y solitaria estrella
Sobre la luz de tu sepulcro vaga.

Cuando cruza volando por la mente
La mariposa azul de la esperanza....

El ángel del pudor, con rauda vuelo,
Ocultando la faz se torna al cielo.

Pinta la bandera venezolana:

Dijo; y al punto, con marcial decoro,
Brilló la enseña desplegada al viento,
Como un pedazo azul del firmamento
Entre franjas de púrpura y de oro.

Grande es la Religión que ha colocado
A las puertas del cielo la esperanza.

A veces tiene reminiscencias de otros poetas:
De Ossian:

Oh! cuándo, cuándo llamará la aurora
A los que duermen en tu noche, oh tumba!

De León:

Confusa vocería asorda el cielo....

De Góngora:

Del rico Tajo las arenas de oro....

De Rioja:

Por cuantos son los climas de la tierra....
Tanto el amor a la obediencia inclina....

De Bello:

Los fáciles cultores
Del valle agreste y la felpuda loma
Donde tremola el algodón sus flores
O cuaja sus almendras el Theobroma.
.....y ledo juega
El bullente carmín en los nopales.

De Baralt:

Y España rija con fecundo imperio
Del uno al otro mar el hemisferio.

También pueden entresacarse de este poemá ver-

sos sueltos magníficos ya por su sonoridad, ya por la idea que expresan:

Sólo el torrente a mi clamor responde....
Con la mujer que amó ¿quién no ha soñado?....
Y en sus ojos extático se mira....
Amiga del dolor, amante noche....
Que es nuestra vida al fin no más que un sueño....
También la dicha es otro Edén perdido....
Abren su cáliz las dormidas flores....
Si entre humo y lava y polvo y trueno y llama....
Con alto asombro enmudeció la tierra.

Bien diferente de estos poemas es la *Hortensiada*, en el cual se satiriza a los impugnadores de los *Perfiles venezolanos* (1881) (1). El poeta imita en él, prin-

(1) El nombre del héroe, *Hortensio*, era el pseudónimo con que don José Güelli Mercader firmaba los artículos que enviaba desde Madrid a *La Opinión Nacional*.

Hortensio había escrito ya contra la *Defensa del Quijote*, de don Amenodoro Urdaneta (1829—1905), versificador y literato nacido en Nueva Granada, pero domiciliado en Venezuela, entre cuyos escritores figura. De Urdaneta se celebra mucho un soneto italiano al Papa León XIII, que puso en español el poeta don José Antonio Calcaño.

Al crítico de la *Defensa del Quijote* había aludido muy poco lisonjeramente, al tratar de Urdaneta, el autor de los *Perfiles*.

Contra éstos escribieron también Pérez Bonalde, que como se ha dicho, publicó en Nueva York un folleto que circuló por toda América; Guzmán Blanco (*Alfa*) y don Vicente Coronado (*Paoli de Antimano*). El poema, firmado por *Cachidiablo*, fue saliendo en el *Diario de Avisos*, a razón de un canto por semana, según dice el autor en una advertencia preliminar. Defendieron la obra de Tejera, don Miguel Antonio Caro, en los artículos intitulados *Tejera y sus censores*, que ya hemos citado; don Marco A. Saluzzo (*Prudencio*), don Pedro Arismendi Brito (*El boticario*), don J. J. Breca y don Ismael Pereira Alvarez.

La aparición de los *Perfiles venezolanos* produjo, pues, un verdadero movimiento literario que duró cerca de dos años.

cialmente, a Cervantes y al autor del *Diablo Mundo*. Véase la presentación del héroe (*Canto I*):

<p>Nunca fuera don Quijote De damas tan bien servido, Como lo fué el gran <i>Hortensio</i> Cuando de la España vino, Por literatos de cuenta Y escribidores de oficio: Poetas cuidaban dél Y sabios de su rocino. Quién para que no cayese Le sujetaba el estribo; Quién, le tomaba la rienda Para mostrarle el camino, Y quién tras él caminaba Cual tras la yegua el potrico. Y como nunca un andante Sin escudero fue visto, Por Sancho tuvo el Hidalgo A un tal <i>Paoli de Antimano</i>, Más gracioso que el de Panza Y de una insula digno.</p> <p>Pues ya sobre Rocinante Caballero, y de Mambrino Sobre la anchurosa frente Calado el yelmo broncíneo; La lanza puesta en la cuja, La adarga al brazo fornido, Por el campo de Montiel, Apenas los pajarillos Saludaban al sol claro Con sus cantares melifluos,</p>	<p>Salió el Hidalgo flamante, Y al verse en el campo, dijo: «Felices tiempos, felices Estos ya famosos siglos, Porque de mis altos fechos Fueron y serán testigos. Y quiero hacerte presente Que hoy es día, Sancho amigo, En que una grande aventura Ha de coronar mi brío. ¿No miras aquel gigante De brazos tan desmedidos, Que puede si extiende el uno Tocar al sol? Pues te digo Que este tal Micocolembó, Este gigante no visto, Es mi mayor envidioso, Es mi constante enemigo; Mas tente, que ya verás Cómo contra él embisto, Cuál de un encuentro le parto, Cuál con otro le derribo. «Ea! teneos, canalla, Malandrín y mal nacido; Requiere el templado acero Que voy a reñir contigo: Y si temes del primer Fendiente caer rendido, Para que te ayuden trae Alguno de tus amigos.»</p>
--	---

(Continuará)